

Homenaje a Enrique Cassagne
Fundación Emilio Komar
7 de noviembre de 2019

Recuerdos de Enrique que fueron dando un perfil a mi vida



Por Josefina Perrioux de Videla

Conocí a Enrique a los 18 años, en mi primer año de Facultad de filosofía. Vino a dar una exposición sobre la acedia en Pieper. Tanto el tema como el autor suscitaron un fuerte impacto en mí. Desconocía tanto a uno como al otro. Ya de partida, en este recuerdo, aparece una característica de Enrique, que fui corroborando una y otra vez a lo largo de mi vida.

Al escucharlo la mirada no se detenía nunca en él, sino conducía directamente a la verdad descubierta, que con pasión nos transmitía. Nunca pretendió destacarse como expositor, su interés estaba íntegramente volcado a conducirnos al tema o al autor que había tocado y expandido su corazón. Y así sucedió, efectivamente, esta primera vez, cuando lo conocí.

Un tiempo después volvió a la Facultad a presentarnos la maravillosa obrita de Lewis, *Cartas de un diablo a su sobrino*. También aquí fue el primer contacto que tuve con este autor. Unos años después, este librito marcaría un antes y un después en mí, ya que me ayudaría a tomar la decisión más importante de mi vida, la de casarme con Ludovico. En esa época, yo era indecisa y dubitativa y esta obra, tan aguda para percibir los vericuetos del alma humana, me permitiría ver, que estaba cayendo en una trampa, (no sé si del tío o sobrino), que bloqueaba mi decisión vocacional.

Ludovico conoció a Enrique antes que yo, y tuvo inicialmente un vínculo profesional con él.

Juntos, al poco tiempo de ponernos de novios, tuvimos el lujo de tener un Curso particular con él en la Abadía de San Benito de Belgrano. La finalidad del Curso era introducirnos a la espiritualidad benedictina y “el medio” la *Introducción a la vida de oración* de Guardini, que él iba comentando, destacando sus temas más afines como la liturgia, la adoración y otros que nos iban aproximando a esta espiritualidad.

¡Qué condensación de gracias!

-Conocer a Guardini que marcaría hondamente mi vida y me acompañaría hasta el día de hoy

-Introducirnos en lo benedictino, ese camino espiritual tan simple, en el mejor sentido de la palabra, con la simplicidad y despojo de lo esencial, tan ligado a lo evangélico. Unos años después, ya casados, haríamos juntos la oblación en el Monasterio de Lujan.

- Y como estábamos de novios, los sucesivos encuentros de este Curso fueron también una preparación al matrimonio, que se concretaría dos años después, y con sus luces y sombras hace ya 40 años, ha ido dando plenitud a nuestras vidas.

Todos dones recibidos gracias a la enorme generosidad de Enrique, a su entrega y disponibilidad para transmitir “sin demora” la grandeza de todo lo que él iba descubriendo. Se podría decir que tenía la frescura de un niño, que al descubrir algo lindo, enseguida va corriendo a comunicarlo.

Otro autor que conocí gracias a Enrique fue Ratzinger. Me introdujo a su pensamiento, a través de la entrevista que le hace Vittorio Messori y que se plasma en el libro *Informe sobre la fe*. Allí Messori interroga agudamente a Ratzinger y sus respuestas son una clara muestra de su clarividencia para ver los problemas que atravesaba en ese momento la Iglesia y los que habrían de sobrevenir después. Cuanta luz me aportaría Ratzinger siendo Prefecto y después, aún más, como Papa, momento en el cual -a mi modo de ver- su mensaje, sin perder un ápice de hondura se simplifica y se vuelve más asequible para los fieles.

Podría seguir mencionando otros autores, pero me detengo acá. A partir de tercer año de la Facultad todo lo recibido de Enrique se entrelaza e integra con otro caudal enorme de gracias recibidas de Komar a quien conocí ese año como Profesor de Historia de la Filosofía Moderna.

Y no puedo dejar de mencionar la infinidad de charlas con él que tuvieron lugar en el café del Círculo Militar, adonde él iba a hacer natación o en el café de la esquina de Juncal y Riobamba, y aquí no recuerdo que actividad tenía cercana a este lugar.

En estos encuentros, las conversaciones se daban sobre temas teóricos o de índole más personal. Yo le confiaba alegrías o preocupaciones de la vida familiar y él, con toda humildad, en algunas ocasiones también me abría su corazón.

Siempre la fe iluminaba su mirada o más propiamente, expresado en los términos de su tan admirado Guardini, su mirada brotaba de una conciencia cristiana.

Me gustaría expresar esto con las palabras del mismo Guardini. En su obra *Dominio de Dios y libertad del hombre*, en el capítulo sobre el Dogma, nos habla de la conciencia cristiana en estos términos:

*Este concepto es importante, pues significa algo diferente de la sola fe. La “fe” es la respuesta del espíritu y del corazón a la revelación. Esta fe puede ser, empero, algo perteneciente esencialmente a la práctica, puede determinar la toma de posición, mientras el pensamiento se da desde la perspectiva propia de la actitud espiritual de la época, recibiendo tan sólo algunas correcciones de parte de la fe. En cambio, **la conciencia cristiana** surge cuando el pensamiento mismo, en cuanto tal, realiza aquella conversión de la que habla el Evangelio; es decir, cuando los criterios para discernir lo que es verdadero y falso, posible e imposible, importante y no importante, noble y no noble, no los toma de la experiencia y el pensamiento naturales, sino de la revelación. Esto supone una lenta transformación de todo el mundo interior.*

No tengo ninguna duda de que Enrique miraba la realidad desde una profunda conciencia cristiana.

En fin, cuando en mi vida miro para atrás, y ya tengo una suma importante de años para hacerlo, siempre aparece Enrique, con su fe, su fervor apostólico, su entrega absolutamente desinteresada para dar a conocer la perla escondida que él sin duda encontró y quiso llevar “sin demora” a los demás. (Con la misma premura de las mujeres, testigos de la Resurrección)